

sas huertas que demuestran la asombrosa fertilidad de aquellos lugares.

“Sus habitantes son de amable trato y hospitalarios.

“Siete leguas de un mal camino andadas en un caballo de alquiler, es una ración suficiente para moler el cuerpo mejor constituido; á sí fué que después de dar un ligero paseo por la población, me retiré á mi alojamiento y me entregué á las dulzuras del sueño.

III.

Me levanté de mañana. Deseaba ávidamente mirar hasta saciarme el soberbio volcán á cuyo pie me hallaba. Al efecto, subí á una pequeña eminencia desde la cual pude verlo todo.

“Aquella inmensa mole asentada sobre una cadena de grandes montañas que le sirven como de escabel, elevándose orgullosa hasta hundir su agudo pico en las nubes que le forman como una inmensa corona, como un gran penacho donde á veces fulgura el relámpago y retumba el trueno; me tenía absorto. Poco á poco los rayos del sol naciente fueron disipando aquel grupo de nubes y al descubrir el blanquísimo manto de nieve que rodea al cráter, se reflejaron en él: tiéndolo de un color rosa pálido, primero, de amarillo de ambar en seguida para quedar al fin de un hermoso

blanco azulado. Estos cambiantes, al desvanecerse, iban produciendo matices que ningún pintor es capaz de imitar.

“Disipados por completo los vapores que, cual un gran gorro de dormir, ceñían la frente del gigante, pude abarcar con la vista toda la cima emblanquecida por perpétuos hielos.

“No se si mi imaginación soñadora le dió forma á aquella masa blanca; ignoro si solo fué una ilusión de óptica; pero es lo cierto que creí ver allí algo semejante á la estatua de Colón, tal como la he visto modelada.

De pie, con la cabeza erguida y orlada por rizada melena; la escrutadora mirada intentando penetrar más allá del horizonte visible; con la siniestra mano sobre el pecho y señalando con la diestra algún objeto lejano.

“Al arrancarme de aquella contemplación, pregunté á algunos de los vecinos si nunca les había parecido ver en el cráter, algo parecido á la forma de un hombre; y en todos descubrí cierta extrañeza al oír la pregunta. Pensé entonces que esto era muy natural: aquellas honradas gentes veían el volcán como pudieran ver sus más insignificantes objetos; lo tenían como quien dice en casa, y no había ninguna necesidad de fijarse en él.

“Aunque yo deseaba arreglar la excursión al volcán para el día siguiente, algunas de las personas que debían guiarme y favorecerme con su compañía, me hi-

cieron aplazar para más tarde la expedición, aconsejándome que esperase mejor tiempo; pues, en efecto, la niebla y las lluvias no cesaban y el camino, que ellos conocían perfectamente, debía estar intransitable. Resignéme, por lo mismo, á esperar, visitando con frecuencia, para pasar agradablemente el tiempo, á algunas familias con las que había sido presentado. Una tarde se proyectó un paseo de campo, una merienda en un rancho inmediato; y como fui de los primeros invitados, concurrí con gusto á dicho paseo.

“El citado rancho estaba formado de una casita de tejamanil, un corral adyacente en el que vagaban, en fraternal confusión, cerdos, gallinas, cabras, patos y algunos otros animales domésticos, y un huertecillo cubierto de plátanos, de otros árboles frutales y una gran variedad de flores.

“En el corredor de la casita se extendieron algunas pieles, y sobre ellas un blanco mantel. Nos sentamos como pudimos al rededor de aquella mesa bastante primitiva, y á los alegres acordes de una guitarra, merendamos con verdadero apetito.

“Terminado el banquete campestre, nos dispersamos en grupos para recorrer los alrededores.

“La tarde estaba hermosísima y convidaba á vagar por aquellos sitios.

“Uno de los compañeros de paseo me preguntó si deseaba conocer la Barranca de Jamapa que teníamos cerca de allí. Manifesté hallarme dispuesto á seguirle, y en breves momentos llegamos á ella.

“Nace esta barranca en las vertientes del volcán de Orizaba y después de formar varias curvas en un largo trayecto, se pierde en el cantón de Córdoba. Su aspecto es imponente y agreste. En la mayor parte de su extensión tiene gran profundidad; en sus ásperas y pendientes quebradas, crecen árboles gigantescos, y en su fondo corre un río que se vé desde arriba, como una delgada cinta de plata.

“Parado en el borde de aquel precipicio examinaba yo, con profunda curiosidad, todos los accidentes del terreno, cuando mi guía me dijo señalando con el dedo:

—¿Ve vd. aquel punto blanco?

—Le veo, respondí.

—Pues es un puente; es el camino que conduce de nuestro pueblo á Huatusco.—Ahí acabó el 7°.

—Qué 7° le pregunté.

—Es ese un episodio de nuestras guerras intestinas que voy á referirle; puedo hacerlo, porque fui actor en él.

“Sin duda conoce Ud. la mayor parte de los episodios de aquella gran lucha de Reforma; cuando la guerra ardía por todos los ámbitos de la República, y las pasiones políticas y el enardecimiento de los ánimos habían llegado á tal grado que los combates sostenidos en la vasta extensión del país, podían contarse por el número de días que tiene el año.

“Dos partidos políticos se hallaban entonces en la liza; dos bandos poderosos cuya existencia simultánea

era imposible tanto en el orden físico como en el orden moral.

“Excluíanse mutuamente como se excluyen la luz y las sombras, el agua y el fuego.

“Porque sus tendencias y aspiraciones eran total y radicalmente opuestas, como son opuestos los polos de una esfera.

“El partido conservador, creado y sostenido por el clero, de tal modo que no eran más que una misma y sola entidad moral, propendía al ‘statu quo’ y volvía sus miradas hacia atrás aferrándose á las tradiciones del pasado.

“Acostumbrados los miembros del clero, á dominar en todas las conciencias y á disponer del bolsillo de todos; gozando ellos solos, como hijos predilectos de Dios, del esquilmo de las ovejas; llevando una vida cómoda y regalada que participaba á la vez de las delicias del cielo, por lo que tenían de sagrado y espiritual y de los sensuales goces de la tierra por las condiciones materiales de la carne de la que como todos estaban revestidos, no podían ver sin cólera que las ovejas se les quisiesen sustraer, que el dominio sobre las conciencias se les escapase, y de aquí que anatematizaran las innovaciones proclamadas por unos hombres que calificaban de impíos y heréticos; de aquí que miraran con terror las reformas que asomaban en el porvenir.

El partido liberal y progresista, no creía en el origen divino de sus adversarios. Veía en el clero católico una secta digna, como cualquiera otra de respeto en lo

relativo á sus creencias religiosas; pero le negaba absolutamente el derecho de inmiscuirse en los asuntos temporales; de armar ejércitos con las cuantiosas sumas que había sabido atesorar valiéndose de medios que reprobaban la moral y la justicia, para ahogar la voz de la prensa, matar el libre exámen, fomentar la ignorancia y el fanatismo, y perpetuar así su omnimodo poder á costa de la sangre de sus hermanos.

“De aquí que ese partido luchara sin descanso por la conquista de las libertades públicas; por el afianzamiento de las ideas de progreso que poco á poco y á través de grandes obstáculos, se habían implantado en el país; por la tolerancia de todas las religiones y la independencia de todas las conciencias; por la igualdad de todos los hombres ante Dios y la ley; por la abolición de las preeminencias no justificadas y de los despóticos fueros; por el aseguramiento en fin, de todos los derechos del hombre.

“Pero para la conquista de todo eso, corrieron torrentes de sangre y se registraron combates terribles y heroicos, como el que aquí pasó: Escúcheme usted.

“Un día, el General reaccionario D. Marcelino Cobos ocupó la Villa de Coscomatepec con un cuerpo de ejército de más de 2,000 hombres.

“Aquel movimiento no era un simple paseo militar: el Jefe conservador era perseguido por el Gral. D. Ignacio de la Llave, Gobernador constitucional del Estado, que pernoctaba en la vecina población de Huatus-

APILA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. N. B.

co, y que al día siguiente debía avanzar sobre esta plaza, como en efecto lo verificó.

“Cobos, desoyendo las observaciones que le hicieron algunos de sus oficiales, para que se hiciera fuerte dentro del pueblo, aprovechando su ventajosa situación topográfica; después de una noche de descanso dada á sus tropas, se dirigió á esta barranca y se posesionó del puente para interceptar el paso al General Llave. Este no se hizo esperar mucho: como á las diez de la mañana de ese día, se presentó frente al enemigo y el combate empezó.

“El puente era el único paso y era preciso forzarlo. Las tropas liberales, formadas en columna cerrada, avanzaron con denuedo sobre la formidable posición, y fueron recibidos con nutridísimo fuego. A cada paso hacia adelante, la artillería enemiga abría grandes brechas en sus filas; pero seguían avanzando. Por fin, llegaron á uno de los extremos del puente apoyándose la cabeza de la columna en las anfractuósidades que allí presenta el terreno.

“Desde ese momento la lucha se hizo cada vez más encarnizada. Cuatro veces los asaltantes llegaron hasta más allá de la medianía del puente, y otras tantas hubieron de retroceder á sus primitivos puntos dejando el camino cubierto de cadáveres. De repente la vanguardia de las tropas constitucionalistas pidió parque; pero el parque se había acabado.

“¿Qué se sostengan á la arma blanca! gritó el Gral.

Llave; y se trabó entonces una espantosa lucha á la bayoneta.

“Las fuerzas reaccionarias adquirían ya visibles ventajas sobre sus adversarios, cuando llegó una mula cargada de parque que había sido enviada de Huatusco. Esto decidió el combate. Reanimadas las tropas de Llave, cargaron con verdadera desesperación y arrollaron al fin, á los enemigos persiguiéndolos hasta cruzar el puente y haciéndolos huir en desorden.

“Siete horas se había prolongado la lucha: empezó á las diez de la mañana y concluyó á las cinco de la tarde.

“El humo de los disparos cubría el puente y sus alrededores: cuando se dispó, vieronse allí montones de mutilados cadáveres, en confusa mezcla con los heridos. Algunos de estos infelices, se arrastraban para bajar al río acosados por la sed: El cuadro no podía ser más espantoso.

“Más de la tercera parte del ejército constitucionalista había sucumbido allí. En cuanto á los contrarios sus pérdidas fueron mayores; muy pocos se salvaron. El 7º batallón de línea, que era lo más florido de las tropas de Cobos, quedó todo, tendido en el campo.

“Allí cayó también gravemente herido combatiendo á las órdenes de Cobos, con notable valor, el entonces capitán D. Manuel Gonzalez, hoy Presidente de la República. Tuvo la fortuna de haber sido recogido por un indígena de Coscomatepec que lo cargó en hombros, lo llevó á su casa y curó sus heridas.

“La interesante relación había concluido. Dirijí una última mirada á aquella barranca donde tanta sangre mexicana había corrido, y me retiré repitiendo estos versos del poeta michoacano D. Jesus Echaiz.

Rico manto de flores perfumadas
Cubre el risueño mexicano eden;
De tumbas ignoradas
Cubierto está también.

“En seguida volvimos al rancho, donde nos esperaban para regresar al pueblo.

“Entre las jovenes que habían concurrido al paseo, iba una que me impresionó vivamente. Su sencillo vestido de gasa modelando un esbelto talle; sus facciones delicadas; sus bellísimos ojos que lanzaban miradas apacibles comunicándole cierto aire de candor; el tierno y natural acento de su voz; la cabellera rubia rodeando su hermosa cabeza y llevando como único adorno prisionera en sus trenzas, una azucena blanca: Este bellísimo conjunto despertó en mi corazón sentimientos que yo ya creía muertos para siempre.

Parecíame ver en aquella modesta joven, sin la ficción y sin el amaneramiento tan común en las mujeres de la corte á la María de Jorge Isaacs, tierna sencilla y apasionada.

Durante la merienda, le había yo dirijido algunas miradas que más de una vez se habían encontrado con las suyas, y entonces, sus mejillas se teñían ligeramente de rojo, haciéndola más bella é interesante.

El sol se iba á ocultar y pensamos en el regreso: Ofrecí el brazo á la hermosa joven y lo aceptó.

Nos volvimos por un sendero más corto que el que habíamos llevado á la ida, aunque más escarpado. ¡Cómo hubiera querido prolongar aquellas horas! Escuchaba aquella voz dulcísima que conmovía profundamente todo mi sér; sentía apoyarse su brazo sobre el mío; me parecía oír los latidos de su corazón agitado. ¿Había yo tenido la dicha de despertar en aquella alma virgen algún sentimiento duradero y profundo hasta entonces desconocido para ella?

Varias veces separándome de ella un momento, trepaba por las peñas y cortaba algunas flores silvestres que iba en seguida á ofrecerle.

Comenzábamos ya á divisar las casas del pueblo. En cierto momento no pude contenerme y le dije casi al oído y estrechando suavemente su brazo contra el mío: ¡Cuán feliz he sido esta tarde! Rosario. De los recuerdos de mi vida, este no desaparecerá jamás. Ha logrado Vd. con su presencia revivir un corazón que mucho tiempo hace estaba muerto. Quisiera que Dios me concediera la dicha de vivir para siempre en estos lugares que son para mí el paraíso.

Y, ¿quién se lo impide á Vd? me respondió turbada, retirando su mano temblorosa de entre las mías.

Algunos de los compañeros, que se acercaron, interrumpieron nuestra conversación.

Habíamos, entretanto, llegado al pueblo; y acompañándola hasta su casa, me despedí llevando la cabeza

henchida de alagüeñas ideas y el corazón rebotando de felicidad.

Cerca de un mes pasé así, separado del mundo real para vivir de ilusiones y esperanzas.

Había, por entonces, desistido de la ascensión al volcán obligado á ello por el mal tiempo: en efecto aunque no estábamos en la estación de aguas, las lluvias se habían establecido como sucede con frecuencia en aquellas regiones, y no era posible dar un paso por los caminos.

Un día, cuando menos lo esperaba, recibí algunas cartas que me ponían en la imprescindible necesidad de volver á la Capital; no tenía otro recurso. Hice los preparativos de viaje, me despedí de mis relaciones, escribí una carta de despedida á Rosario; francamente no tenía valor para ver, quizá por la última vez, á aquella joven cuya tranquilidad tenía yo la conciencia de haber perturbado.

Salí desesperado de la población, rumbo á Orizaba donde debía tomar el ferrocarril.

Cuando los accidentes del camino me obligaban á volver á ver las casas del pueblo y el soberbio Pico de Orizaba, veía en aquellos sitios dibujarse la querida imagen de Rosario.

LOS NIÑOS COMPRADOS.

—o-o-o—

A principios de Enero de 187..... fui llamado á una casa del barrio de Santa Ana para impartir los auxilios médicos á la Señora Doña Carlota N. que acababa de caer enferma de pulmonía. Hice lo poco que supe en contra de la enfermedad, y la Naturaleza lo mucho que pudo, y á los 15 días la enferma dejaba la cama colgándome el milagro de que la había sanado, con cuyo milagro no tuve inconveniente en cargar, á pesar de que no estaba muy convencido de haberlo hecho.

Lo que he dicho hasta aquí, no ofrece nada de particular; pero sí debe extrañarse que la Señora Doña Carlota y su estimable esposo juzgando, muy desacertadamente, que me debían algo mas que el peso de la visita que con muchísima puntualidad me pagaban, me llenasen de regalos hasta el grado de ponerme colorado de mortificación, y me colmasen de atenciones, lo que me tiene profundamente agradecido.

De aquí nació una grande amistad que hasta la fecha